

TEORÍA DE LAS MÚLTIPLES VOCACIONES

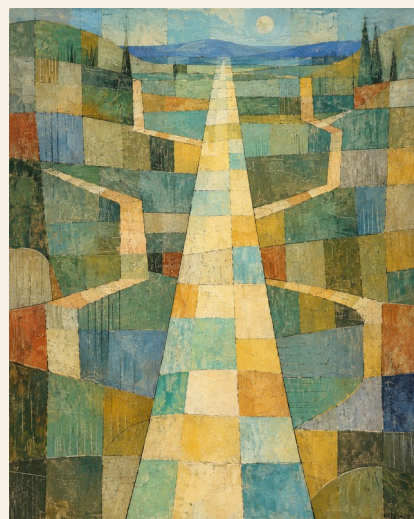
De trayectorias lineales a un ecosistema de aprendizaje a lo largo de la vida

CAPÍTULO 1

¿Qué vas a ser cuando grande?

AVANCE DE LECTURA • BORRADOR EN EDICIÓN

2026



Paul Klee, *Hauptweg und Nebenwege*, 1929
Museum Ludwig, Colonia

José Antonio Le Fort Sáez

Autor

CAPÍTULO 1

¿Qué vas a ser cuando grande?

“Nene, nene, ¿qué vas a ser cuando seas grande?”

— Miguel Mateos, Cuando seas grande 1

“Será un ingeniero, dice el abuelo”

— Pancho Puelma, Esperando nacer 2

“Don’t feel guilty if you don’t know...”

— Mary Schmich; texto popularizado por Baz Luhrmann en Everybody’s Free (To Wear Sunscreen) 3

«No te sientas culpable si todavía no lo sabes». Traducción propia.

“What good shall I do this day?”

— Benjamin Franklin, Autobiography 4

«¿Qué bien haré hoy?». Traducción propia.

Dos canciones, una misma pregunta

En 1986, a ambos lados de la cordillera de los Andes, dos canciones hicieron visible el mismo guion cultural. En Argentina, Miguel Mateos convirtió en estribillo la pregunta que un joven escucha una y otra vez al volver a casa. No es una invitación neutra a imaginar el futuro: viene acompañada por la expectativa de alcanzar el éxito y por el temor de ser considerado un fracasado. En Chile, Pancho Puelma narró una escena todavía más temprana. El protagonista de Esperando nacer ni siquiera ha llegado al mundo y su familia ya discute qué profesión debería ejercer. Antes del primer paso, antes de la primera palabra, antes incluso del nacimiento, alguien ha comenzado a escribir su biografía.

La coincidencia es reveladora. En una canción habla el joven presionado para transformarse en alguien reconocible. En la otra habla un niño desde el vientre, rodeado por voces que proyectan sobre él profesiones prestigiosas. Entre ambas escenas se extiende buena parte de nuestra educación vocacional: primero otros imaginan por nosotros; después nos piden que confirmemos, mediante una respuesta única, el personaje que esperan que lleguemos a ser.

No hay maldad necesaria en esas voces. Hay amor, cuidado, memoria y miedo. Las familias desean seguridad para sus hijos; saben que un título puede abrir puertas, proteger frente a la pobreza y ampliar posibilidades. Muchas cargan historias de oportunidades que ellas mismas no tuvieron. El problema aparece cuando ese deseo legítimo se convierte en un libreto cerrado: cuando proteger significa escoger por otro, cuando orientar significa reducir y cuando una profesión deja de ser un camino para transformarse en una identidad completa.

Años después, en una pieza hablada en inglés que recorrió el mundo, apareció una respuesta distinta. El texto de Mary Schmich, convertido por Baz Luhrmann en *Everybody's Free (To Wear Sunscreen)*, decía a los jóvenes que no debían sentirse culpables si todavía no sabían qué hacer con su vida. La precisión importa: durante años esas palabras fueron atribuidas erróneamente a Kurt Vonnegut, pero pertenecen a Schmich. También importa lo que cuestionan. La incertidumbre vocacional suele presentarse como una falla individual, casi como una demora moral. La canción retira esa culpa y recuerda que las vidas interesantes no siempre parten con un mapa definitivo.

Mucho antes, Benjamin Franklin —impresor, escritor, científico, inventor, diplomático y político— había formulado en su diario una pregunta radicalmente diferente: «¿Qué bien haré hoy?». No se preguntaba qué sustantivo debía condensar su identidad para siempre. Se preguntaba qué acción valiosa podía realizar en el presente. El desplazamiento parece pequeño, pero contiene una revolución: pasar del ser como etiqueta al hacer como contribución; del destino anunciado al proyecto que se prueba; de la respuesta única a una vida capaz de desplegar diversas formas de utilidad, curiosidad y propósito.

Este libro comienza allí. No pretende prohibir la pregunta sobre el futuro ni restarle importancia a las decisiones. Pretende examinar el mandato que hemos escondido dentro de una frase cotidiana. Porque «¿qué vas a ser cuando grande?» no solo pregunta. También enseña una determinada forma de comprender la vida.

Esta teoría ha sido desarrollada en Chile entre 2021 y 2026, a partir de conversaciones con estudiantes, docentes, orientadores, instituciones y personas cuyas biografías no cabían en el relato de una vocación única. Ese origen situado no limita su alcance. La tensión entre vidas cada vez más largas, aprendizajes que se acumulan, ocupaciones que cambian y sistemas que todavía exigen decisiones tempranas atraviesa sociedades muy distintas. Por eso el libro nace en Chile y desde América Latina, pero se dirige a una conversación mundial. No ofrece una receta chilena para ser exportada ni una colección de modelos extranjeros para copiar. Propone un lenguaje que pueda ser contrastado, discutido y enriquecido en contextos diversos, sin borrar las desigualdades, culturas e instituciones que condicionan cada trayectoria.

La gramática de un destino

Las preguntas construyen horizontes. Al formular una, decidimos qué respuestas parecen posibles y cuáles quedan fuera de cuadro. «¿Qué vas a ser cuando grande?» contiene, al menos, cuatro supuestos que rara vez explicitamos.

El primero es el singular. Aunque un niño responda que quiere pintar, cuidar animales, explorar el espacio y construir robots, tarde o temprano el adulto suele pedirle que escoja. La multiplicidad se celebra mientras parece un juego infantil; comienza a inquietar cuando se aproxima el momento de llenar un formulario, postular a una

carrera o justificar una decisión. Lo que a los siete años llamamos imaginación, a los diecisiete podemos empezar a llamarlo dispersión.

El segundo supuesto está en el verbo ser. No preguntamos solamente qué trabajo quiere realizar, qué problema le gustaría resolver o qué desea aprender. Le pedimos que convierta una ocupación en identidad. La respuesta esperada no es «quiero ejercer la medicina», sino «quiero ser médico»; no es «me interesa enseñar», sino «quiero ser profesora». El lenguaje fusiona persona y profesión hasta hacerlas casi indistinguibles. Entonces cambiar de actividad puede sentirse como dejar de ser uno mismo.

El tercer supuesto está en la expresión cuando grande. La vida verdadera parece comenzar después. La infancia y la adolescencia quedan reducidas a una sala de espera en la que uno se prepara para llegar a ser. Sin embargo, un niño ya investiga, crea, cuida, comunica, diseña, organiza y colabora. No lo hace con las mismas responsabilidades ni con la profundidad de un adulto, pero esas experiencias ya forman su trayectoria. La vocación no aparece de golpe al término de la escuela; deja rastros mucho antes y puede seguir transformándose mucho después.

El cuarto supuesto es la estabilidad. La pregunta espera una respuesta que pueda sostenerse durante décadas. Si la persona cambia, la cultura suele pedir explicaciones: «¿Por qué abandonaste?», «¿No era eso lo tuyo?», «¿Vas a empezar de cero?». Permanecer se asocia con coherencia; moverse, con error. Así, la elección inicial adquiere un peso desproporcionado. Deja de ser una decisión situada en un momento de la vida y se convierte en un juicio sobre toda la vida futura.

Estos supuestos no están escritos en ninguna ley. Operan como una gramática cultural: silenciosa, repetida y difícil de advertir precisamente porque parece natural. Familiares, docentes, orientadores, instituciones y medios podemos reproducirla aun cuando deseamos ampliar las posibilidades de una persona. La pregunta no determina por sí sola una biografía, pero ayuda a instalar la idea de que la madurez consiste en cerrar opciones y que una identidad seria debe caber en una sola palabra.

Por eso el problema no es semántico. Cuando una joven dice «no sé» y recibe preocupación, decepción o apuro, aprende algo acerca del valor social de la incertidumbre. Cuando responde con una profesión prestigiosa y obtiene aprobación inmediata, aprende qué futuros son más fáciles de legitimar. Cuando menciona una combinación poco habitual —por ejemplo, música y programación, enfermería y teatro, mecánica y cuidado ambiental— puede escuchar que debe decidir «qué le gusta de verdad». Poco a poco comprende que la coherencia, según el relato dominante, consiste en eliminar partes de sí misma.

Antes de elegir, ya hemos sido elegidos

Ninguna elección vocacional ocurre en el vacío. Elegimos con los lenguajes, ejemplos, recursos y permisos que encontramos disponibles. Una niña no puede imaginar una actividad que nunca ha visto; un joven difícilmente considera una ruta que su entorno presenta como ajena a su género, su barrio, su origen o su capacidad económica. Incluso aquello que llamamos preferencia personal está atravesado por experiencias de reconocimiento y exclusión.

Las expectativas familiares son una de esas fuerzas. Pueden ofrecer modelos, confianza y redes; también pueden estrechar el horizonte. En algunas historias, continuar la profesión del padre o de la madre expresa pertenencia y orgullo. En otras, la expectativa heredada reemplaza la exploración. También existe el mandato inverso: dedicarse a aquello que la familia no pudo hacer, cumplir el sueño pendiente de otra generación o elegir la carrera que promete devolver el esfuerzo económico invertido. El futuro del joven comienza entonces a cargar deudas simbólicas que nunca contrajo.

La sociedad agrega sus propias jerarquías. No todas las ocupaciones reciben el mismo reconocimiento, aunque todas sean necesarias. A ciertas profesiones se les atribuye inteligencia; a ciertos oficios, menor valor. Algunas vocaciones se consideran razonables como pasatiempo, pero irresponsables como proyecto. Cuidar, crear comunidad, acompañar a otros o participar en la vida pública suelen desaparecer cuando la conversación vocacional se reduce al empleo remunerado. La pregunta «¿qué vas a ser?» termina funcionando también como «¿qué posición ocuparás?» y «¿cuánto valdrá socialmente tu respuesta?».

Esto no significa que los deseos familiares o las condiciones económicas deban ignorarse. Elegir con sentido requiere mirarlos de frente. Una teoría de múltiples vocaciones que solo hablara de libertad individual sería incompleta y, para muchas personas, cruel. No todos disponen del mismo tiempo para explorar, de recursos para equivocarse o de redes que permitan volver a empezar. La multiplicidad no puede transformarse en un privilegio reservado a quienes pueden financiarla. Precisamente por eso este libro no se limita a celebrar trayectorias diversas: pregunta qué condiciones educativas y sociales hacen posible construirlas sin convertir el riesgo en condena.

También debemos reconocer que la presión puede tomar formas contradictorias. A veces se exige continuar una tradición; otras, diferenciarse de ella. Un joven puede elegir una carrera para obedecer o escoger lo opuesto para rebelarse. En ambos casos, su decisión sigue organizada alrededor del guion recibido. La autonomía no consiste simplemente en aceptar o rechazar la expectativa ajena. Consiste en haber tenido oportunidades reales para explorar, comprender las razones propias y construir una decisión que pueda ser narrada como propia.

La escuela de las respuestas únicas

La escuela puede abrir mundos que una familia no conoce. Puede presentar lenguajes, problemas, personas y formas de contribuir que amplían radicalmente el horizonte. Pero también puede reforzar la respuesta única. Lo hace cuando organiza el conocimiento en compartimentos que rara vez se encuentran; cuando identifica a cada estudiante por la asignatura en la que obtiene mejores calificaciones; cuando confunde rendimiento actual con potencial; o cuando la orientación aparece solo al final de la enseñanza media, justo cuando hay que escoger bajo presión.

Las etiquetas escolares parecen eficientes. «Es bueno para los números», «tiene habilidades humanistas», «no sirve para las ciencias», «es creativo, pero poco ordenado». El problema es que una observación parcial puede convertirse en identidad. Un resultado obtenido a una edad determinada, en una forma específica de evaluación y bajo ciertas condiciones emocionales, comienza a leerse como frontera permanente. El estudiante aprende a habitar esa descripción: busca experiencias que la confirman, evita aquellas que podrían contradecirla y deja de entrenar habilidades que otros declararon ajenas.

La orientación vocacional moderna nació, en parte, con una intención valiosa: ayudar a relacionar las características de una persona con el conocimiento del mundo del trabajo. Frank Parsons sistematizó a comienzos del siglo XX esa aspiración en *Choosing a Vocation*: conocerse, comprender las ocupaciones y razonar la relación entre ambas dimensiones.⁵ El problema no está en conocerse ni en disponer de información. Surge cuando el resultado de esa indagación se interpreta como veredicto, cuando una fotografía se confunde con una película y cuando el test reemplaza la experiencia.

Un inventario de intereses puede ofrecer palabras para conversar. Una prueba de aptitudes puede mostrar fortalezas actuales. Una entrevista puede ayudar a reconocer patrones. Ninguna de esas herramientas, por sí sola, puede anticipar todas las capacidades que una persona desarrollará, los contextos que encontrará, los intereses que reaparecerán o las combinaciones que será capaz de crear. Los instrumentos son mapas parciales. Sirven para orientarse; no tienen autoridad para clausurar el territorio.

Con frecuencia pedimos a los estudiantes que elijan antes de haber hecho. Les preguntamos si les interesa investigar sin haber participado en una investigación auténtica; si desean emprender sin haber diseñado una solución; si quieren cuidar sin haber conocido distintos escenarios de cuidado; si prefieren la tecnología sin haber construido algo significativo con ella. La exploración queda reducida a imaginar nombres de carreras. Sin experiencias, la elección suele apoyarse en estereotipos, prestigios o imágenes fragmentarias de profesiones que el joven apenas conoce.

Mi propia trayectoria me ha enseñado lo insuficiente que puede ser una sola etiqueta. Me formé primero como antropólogo y luego como psicólogo; el trabajo me llevó a investigar, diseñar, enseñar y acompañar transformaciones educativas. Si alguien me obligara a escoger solo una de esas palabras, la descripción podría ser

correcta y, al mismo tiempo, profundamente incompleta. La antropología no desapareció al estudiar psicología, ni ambas quedaron atrás al trabajar en educación. Se convirtieron en lentes que se encuentran, se tensionan y permiten formular preguntas que ninguna disciplina habría producido por separado.

Ese aprendizaje biográfico no debería depender únicamente de la fortuna o de una segunda oportunidad tardía. La escuela puede ofrecer desde temprano espacios para explorar y conectar: proyectos, talleres, problemas reales, experiencias artísticas, científicas, tecnológicas, comunitarias y de cuidado. Allí un estudiante no necesita declarar qué será para siempre. Puede descubrir qué le interesa ahora, qué habilidades desea entrenar, con quién le gusta trabajar y qué tipo de contribución le produce sentido.

Claridad no es clausura

Sería un error responder al mandato de la vocación única idealizando la indecisión permanente. Las personas necesitan dirección. Tomar decisiones, asumir compromisos y profundizar un campo permite aprender de verdad, construir confianza y contribuir con otros. La alternativa a una identidad cerrada no es una sucesión infinita de comienzos superficiales. Es una forma distinta de comprender el compromiso: suficientemente firme para actuar y suficientemente abierta para aprender.

La psicología del desarrollo ofrece una distinción útil. James Marcia describió la clausura de identidad como un compromiso asumido sin haber explorado alternativas.⁶ No es un diagnóstico para etiquetar jóvenes ni una condena sobre quienes siguen una tradición familiar. Es una advertencia: decidir puede producir apariencia de claridad sin que haya existido apropiación personal. Una respuesta rápida no siempre expresa una identidad construida; a veces solo refleja el peso de las expectativas disponibles.

La evidencia contemporánea muestra, al mismo tiempo, que muchos adolescentes carecen de claridad. La OCDE informó en 2025, utilizando PISA 2022, que a los quince años un 39% de los estudiantes de sus países miembros no tenía expectativas ocupacionales claras. El informe también mostró que las aspiraciones permanecen muy concentradas, cambian poco respecto de las observadas desde el año 2000 y están fuertemente asociadas al origen social. Además, uno de cada tres estudiantes declaró que la escuela no le había enseñado cosas que pudieran ser útiles en un trabajo.⁷

Estos datos no demuestran que los jóvenes deban elegir una identidad definitiva más temprano. Demuestran que nuestros sistemas fallan en algo más básico: no ofrecen suficiente exploración, información y contacto significativo con futuros diversos. La falsa solución sería exigir una respuesta para disminuir la incertidumbre estadística. La respuesta más exigente es ayudar a construir claridad provisional: una dirección argumentada para el próximo tramo, acompañada por la capacidad de revisar, conectar y volver a elegir.

A los diecisiete o dieciocho años se toman decisiones reales. Elegir una carrera, un oficio, un trabajo, un año de exploración o una ruta formativa tiene consecuencias en tiempo, dinero y oportunidades. Decir que una elección es revisable no significa que sea irrelevante. Significa ubicarla en su escala correcta. A esa edad puede elegirse un primer campo de profundización, una primera profesión o un primer oficio; no es razonable exigir la definición completa de una vida cuya mayor parte todavía no se ha vivido.

Podemos comprometernos sin prometer inmovilidad. Un médico puede dedicar toda su vida a la medicina y, dentro de ella, integrar docencia, investigación, gestión, innovación tecnológica o trabajo comunitario. Una carpintera puede profundizar su oficio durante décadas y, al mismo tiempo, diseñar, enseñar, emprender o restaurar patrimonio. La multiplicidad no exige abandonar. Permite ampliar, combinar o reencontrar posibilidades cuando adquieren sentido.

Décadas antes de que habláramos de carreras flexibles, Donald Super definió la carrera como la combinación y secuencia de roles que una persona desempeña durante la vida.⁸ Esa mirada ya advertía que somos simultáneamente estudiantes, trabajadores, ciudadanos, cuidadores, creadores y miembros de comunidades. La Teoría de las Múltiples Vocaciones avanzará más allá de esa intuición, pero parte de una constatación común: la biografía humana es más ancha que el cargo que aparece en una tarjeta de presentación.

Palabras que no significan lo mismo

Una parte del problema proviene de usar como sinónimos palabras que nombran dimensiones distintas. Cuando vocación, profesión, oficio, ocupación, carrera, rol y proyecto se confunden, cualquier cambio parece una ruptura total. Separarlas permite comprender mejor la continuidad que existe dentro del movimiento.

Vocación nombra una orientación de sentido: una inclinación que vincula intereses, capacidades, valores y formas de contribuir. Puede expresarse en el trabajo remunerado, pero también en la creación, el cuidado, la ciudadanía, la comunidad o el aprendizaje. No todo interés se convierte en vocación y no toda vocación necesita convertirse en empleo. Algunas aparecen temprano; otras se construyen al hacer; ciertas vocaciones permanecen, otras se apagan y algunas regresan después de años.

Profesión refiere a un campo de conocimiento y práctica especializado, normalmente asociado a formación sistemática, estándares y reconocimiento social. Las profesiones importan. Permiten profundizar, proteger la calidad de ciertas prácticas y ofrecer garantías públicas. Este libro no propone reemplazarlas ni quitar valor a los títulos. Propone dejar de tratarlos como una sentencia identitaria.

Oficio destaca un saber hacer cultivado mediante práctica, experiencia y dominio técnico. Puede aprenderse en instituciones, talleres, comunidades o junto a maestros. Un oficio no vale menos que una profesión; responde a

una forma distinta de relación entre conocimiento y acción. También puede contener investigación, creatividad y juicio complejo.

Ocupación es la actividad que una persona realiza en un momento determinado, con frecuencia para obtener ingresos. Puede coincidir con una vocación, pero no siempre. Hay trabajos que sostienen la vida mientras una vocación se desarrolla en otro espacio, y hay vocaciones que incluyen tareas rutinarias o difíciles. Exigir que todo empleo sea una fuente permanente de realización puede añadir culpa a quienes trabajan por necesidad.

Carrera es la trayectoria temporal de experiencias, posiciones y aprendizajes vinculados al trabajo y a otros roles. No es solamente ascender dentro de una organización. Puede incluir pausas, movimientos laterales, regresos, combinaciones y etapas de cuidado. Vista así, la carrera deja de ser una escalera y comienza a parecerse a una narración.

Rol es la función que desempeñamos en un contexto y en relación con otros: docente, estudiante, mentor, cuidadora, dirigente vecinal, integrante de un equipo. Una misma persona ocupa varios roles a la vez, y cada uno puede activar capacidades distintas. Proyecto, por su parte, es una forma concreta y acotada de llevar una intención a la práctica. Un proyecto permite probar una posibilidad sin convertirla inmediatamente en una identidad definitiva.

Las distinciones permiten mirar una vida con mayor precisión. Una persona puede ser arquitecta de profesión, trabajar como gestora de proyectos, ejercer un oficio de ilustradora, desempeñar un rol de cuidadora, participar en una organización ambiental y desarrollar una vocación pedagógica enseñando a jóvenes. Nada obliga a que todas esas dimensiones tengan igual peso o permanezcan para siempre. Juntas, sin embargo, cuentan una historia más verdadera que una sola categoría.

Esta amplitud también tiene límites. Tener muchas tareas no equivale a tener múltiples vocaciones. Acumular empleos precarios para completar ingresos no es libertad vocacional. Realizar actividades sin tiempo para profundizar puede producir agotamiento, no realización. La multiplicidad que defenderé a lo largo del libro combina apertura con profundidad, agencia con apoyo y posibilidad con condiciones materiales. No glorifica la sobrecarga ni convierte la inestabilidad en virtud.

Elegir de verdad

Elegir siempre implica renunciar, al menos temporalmente. El tiempo es limitado, las rutas formativas tienen requisitos y toda decisión desplaza otras posibilidades. Hablar de múltiples vocaciones no elimina esa realidad. Lo que cuestiona es la idea de que una renuncia circunstancial deba convertirse en desaparición permanente. Un camino no elegido hoy puede permanecer como interés, práctica lateral, proyecto futuro o fuente de habilidades que reaparecerán bajo otra forma.

La diferencia está entre cerrar y priorizar. Cerrar significa declarar que las demás posibilidades ya no pertenecen a nuestra identidad. Priorizar significa concentrar energía en un tramo sin negar que la trayectoria puede reconfigurarse. La profundidad necesita prioridad: nadie se convierte en cirujano, músico, técnico eléctrico o investigadora acumulando aproximaciones breves. Pero la profundidad no exige amputar toda curiosidad que se encuentre fuera del campo principal.

También debemos distinguir libertad de obligación. El modelo no propone que todas las personas cambien de profesión varias veces, mantengan numerosos proyectos o aspiren a convertirse en polímatas. Una vida concentrada durante décadas en una vocación puede ser plenamente fecunda. La contribución de esta teoría es ampliar el permiso: quien desea profundizar puede hacerlo; quien necesita retornar, combinar, ampliar o comenzar de otra manera no debería ser interpretado como incoherente.

Los títulos, las profesiones y los oficios son herramientas para construir una trayectoria. Pueden ser hitos decisivos, fuentes de identidad y comunidades de pertenencia. Su valor disminuye cuando se transforman en jaulas. La pregunta no es si debemos formar especialistas o generalistas, sino cómo permitimos que una especialización dialogue con otras dimensiones de la persona y siga siendo una plataforma para aprender.

Elegir de verdad requiere más que voluntad. Requiere experiencias para comparar, información comprensible, adultos que acompañen sin apropiarse de la decisión, instituciones con pasarelas y una cultura que no castigue el retorno. Requiere también aprender a reconocer lo que se traslada de una etapa a otra. Cuando una persona cambia, no vuelve vacía al punto de partida: lleva consigo habilidades, relaciones, criterios, errores, preguntas y maneras de mirar.

Por eso prefiero hablar de reconfigurar una trayectoria y no de comenzar desde cero. La imagen de partir nuevamente borra el aprendizaje acumulado. Una periodista que entra al campo de los datos no deja atrás su capacidad de investigar y narrar; un mecánico que se dedica a la docencia técnica traslada conocimiento situado, resolución de problemas y criterio de seguridad; una madre que retorna al trabajo después de años de cuidado no vuelve sin experiencia, aunque el mercado todavía tenga dificultades para reconocerla.

La coherencia de una vida no depende de permanecer idénticos. Depende de poder comprender qué hilos continúan, cuáles cambian y qué sentido construimos con ellos. Esa será una de las tesis centrales de este libro: podemos movernos sin borrarlos.

Antes de responder, ya razonábamos

Mucho antes de que un niño pueda responder qué quiere ser cuando sea grande, ya observa regularidades, anticipa resultados, compara posibilidades y se sorprende cuando el mundo contradice lo que esperaba. La

exploración vocacional no comienza cuando aparece el nombre de una carrera. Comienza en esa relación temprana entre curiosidad, acción, asombro y aprendizaje.

Las investigaciones dirigidas por Luca Bonatti ofrecen una evidencia especialmente sugerente. Experimentos con bebés de doce meses mostraron formas de inferencia probabilística; otros estudios con bebés de doce y diecinueve meses encontraron que podían seguir relaciones lógicas sencillas antes de disponer del lenguaje para explicarlas. Esto no convierte al bebé en un pensador terminado ni demuestra que todas las habilidades estén predeterminadas. Sí obliga a abandonar la imagen de una infancia vacía a la que la educación debe instalar habilidades desde cero.⁹

La responsabilidad educativa consiste en nutrir y ampliar esas disposiciones mediante juego, conversación, arte, movimiento, preguntas, problemas, colaboración y proyectos. Un sistema estrecho, organizado alrededor de respuestas únicas y de una evaluación que premia solo la reproducción, puede dejar habilidades sin uso y enseñar a muchos niños a ocultar aquello que todavía no encuentra reconocimiento. Esta es una implicancia educativa de la evidencia, no un resultado directo de aquellos experimentos: la escuela puede ensanchar la exploración o reducir progresivamente su espacio.

Cambiar la pregunta

La pregunta tradicional puede transformarse sin abandonar la responsabilidad de orientar. No se trata de responder «haz cualquier cosa» ni de decir que todas las opciones son equivalentes. Se trata de reemplazar el examen de identidad por una conversación de exploración, contribución y próximos pasos.

En lugar de pedir una definición total, podemos abrir preguntas más fértiles:

¿Qué te gustaría explorar ahora, antes de decidir?

¿Qué problemas del mundo, de tu comunidad o de tu entorno te importa comprender y ayudar a resolver?

¿Qué actividades te hacen perder la noción del tiempo y cuáles te hacen sentir útil?

¿Qué habilidades quisieras entrenar y en qué experiencia concreta podrías probarlas?

¿Qué combinación de intereses todavía no sabes cómo nombrar?

¿Qué primer camino te permitiría profundizar sin cerrar innecesariamente los demás?

¿Qué bien puedes hacer hoy y qué necesitarías aprender para hacerlo mejor mañana?

Estas preguntas no exigen respuestas perfectas. Producen hipótesis que pueden ponerse a prueba mediante proyectos, cursos, conversaciones, prácticas, lecturas, voluntariados y experiencias de trabajo. La orientación

deja entonces de ser un acto que ocurre una vez al final de la escuela y se convierte en una capacidad que se desarrolla durante toda la vida: aprender a explorar, decidir, documentar, revisar y volver a elegir.

Para un niño, cambiar la pregunta significa cuidar la curiosidad antes de convertirla en casillero. Para un adolescente, significa ofrecer experiencias reales antes de exigir una postulación. Para un adulto, significa reconocer que una decisión anterior no cancela el derecho a revisar la trayectoria. Para una persona mayor, significa dejar de hablar de la vocación como un asunto exclusivo de la juventud y reconocer nuevas formas de aprender, crear, cuidar y contribuir.

La pregunta de Franklin —«¿Qué bien haré hoy?»— no reemplaza toda deliberación sobre el futuro, pero corrige una parte del problema. Nos recuerda que la identidad no se demuestra anunciando un destino. Se construye en la relación entre lo que hacemos, lo que aprendemos y aquello a lo que contribuimos. La vocación deja de ser un nombre oculto que debemos descubrir antes de vivir; empieza a parecerse a una trayectoria que se revela y se transforma mientras vivimos.

Quizás, entonces, la respuesta más honesta a «¿qué vas a ser cuando grande?» no sea una profesión. Podría ser: seré alguien capaz de aprender, profundizar, cuidar lo construido y abrir nuevos caminos cuando sea necesario. Elegiré, pero no confundiré una elección con mi identidad completa. Me comprometeré, pero no prometeré dejar de crecer. No se trata de elegir qué ser en la vida, sino de aprender a ser muchos.

La pregunta tradicional contenía una línea recta: infancia, elección, carrera, trabajo, retiro. Una secuencia ordenada, previsible y aparentemente universal. Pero las vidas reales nunca fueron tan lineales como ese relato, y hoy lo son todavía menos. El próximo capítulo examinará esa línea: cómo se construyó, por qué ya no logra describir nuestras trayectorias y qué formas comienzan a aparecer cuando dejamos de obligar a la vida a caber en un único camino.

Notas del capítulo

1. Miguel Mateos & Zas. (1986). Cuando seas grande [Canción]. En Solos en América. La ficha de Apple Music identifica la canción, el álbum, la autoría de Miguel Mateos y el año 1986: <https://music.apple.com/gb/song/cuando-seas-grande/1270965137>
2. Pancho Puelma. (1986). Esperando nacer [Canción]. En Pancho Puelma y Los Socios. Apple Music registra su publicación el 23 de junio de 1986 y la autoría de Puelma: <https://music.apple.com/cl/song/esperando-nacer/1631456560>. El propio autor explicó el origen familiar de las profesiones mencionadas en la canción en una entrevista recuperada por Canal 13: <https://www.13.cl/rec/articulos/pancho-puelma-cuenta-la-verdadera-historia-de-esperando-nacer-basada-en-la-vida-real>
3. Schmich, M. (1997, 1 de junio). Advice, like youth, probably just wasted on the young. Chicago Tribune. El texto fue convertido en la pieza hablada Everybody's Free (To Wear Sunscreen) por Baz Luhrmann. La autoría y la historia de la adaptación fueron confirmadas por Schmich y Luhrmann en 2024: <https://www.theguardian.com/culture/article/2024/may/06/baz-luhrmann-mary-schmich-everybodys-free-to-wear-sunscreen-kurt-vonnegut-slaughterhouse-five>
4. Franklin, B. (1791/2006). Autobiography of Benjamin Franklin. En su esquema diario aparece la pregunta matinal «What good shall I do this day?». Project Gutenberg: <https://www.gutenberg.org/files/20203/20203-h/20203-h.htm>. La Biblioteca del Congreso documenta sus múltiples roles como impresor, científico, diplomático, propagandista y político: <https://www.loc.gov/exhibits/franklin/franklin-intro.html>

5. Parsons, F. (1909). *Choosing a Vocation*. Houghton Mifflin. La obra propuso articular conocimiento de sí, conocimiento de las ocupaciones y razonamiento sobre la relación entre ambos: https://books.google.com/books/about/Choosing_a_Vocation.html?id=ZC5DwTtQtZsC
6. Marcia, J. E. (1966). Development and validation of ego-identity status. *Journal of Personality and Social Psychology*, 3(5), 551–558. <https://doi.org/10.1037/h0023281>
7. OECD. (2025). *The State of Global Teenage Career Preparation*. OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/d5f8e3f2-en>. La cifra de 39% y el dato de que uno de cada tres estudiantes considera que la escuela no le enseñó contenidos útiles para un trabajo aparecen también en el comunicado oficial del 20 de mayo de 2025: <https://www.oecd.org/en/about/news/press-releases/2025/05/the-state-of-global-teenage-career-preparation.html>
8. Super, D. E. (1980). A life-span, life-space approach to career development. *Journal of Vocational Behavior*, 16(3), 282–298. [https://doi.org/10.1016/0001-8791\(80\)90056-1](https://doi.org/10.1016/0001-8791(80)90056-1)
9. Téglás, E., Vul, E., Girotto, V., Gonzalez, M., Tenenbaum, J. B., & Bonatti, L. L. (2011). Pure reasoning in 12-month-old infants as probabilistic inference. *Science*, 332(6033), 1054–1059. <https://doi.org/10.1126/science.1196404>; Cesana-Arlotti, N., Martín, A., Téglás, E., Vorobyova, L., Cetnarski, R., & Bonatti, L. L. (2018). Precursors of logical reasoning in preverbal human infants. *Science*, 359(6381), 1263–1266. <https://doi.org/10.1126/science.aao3539>. Los estudios documentan inferencias probabilísticas y lógicas en bebés preverbales; la interpretación educativa desarrollada en el texto corresponde a la propuesta de este libro.

La conversación continúa

Este avance forma parte del libro Teoría de las Múltiples Vocaciones. De trayectorias lineales a un ecosistema de aprendizaje a lo largo de la vida.



José Antonio Le Fort Sáez

jose.lefort@gmail.com

[linkedin.com/in/joséantoniolefort](https://www.linkedin.com/in/joséantoniolefort)